

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

El poder de las palabras

Maya Angelou (Misión, 1928 - Carolina del Norte, 2014) tenía tres años cuando sus padres la metieron en un tren con su hermano de cinco y los mandaron a Arkansas a vivir con su abuela. Era los años treinta y Angelou creció sintiendo las heridas de la humillación y el desprecio de la segregación racial.

A los siete años fue violada por el novio de su madre. Se lo contó a su hermano, que lo denunció y el hombre fue juzgado, pero el mismo día que fue puesto en libertad apareció muerto. Maya Angelou se sintió responsable. Creyó que su voz era tan poderosa que podía matar y tomó la decisión de no volver a hablar. No pronunció una sola palabra durante cinco años. Fue pionera en muchas cosas: fue la primera mujer negra que trabajó en los tranvías de San Francisco; fue la primera afroamericana que firmó un guión de cine, la primera en dirigir una película y la primera que leyó un poema en una toma de posesión presidencial (lo hizo en la de Bill Clinton, en 1993). Uno de sus libros se mantuvo más de dos años en las listas de ventas del 'New York Times' por primera vez en la historia. Angelou fue una poeta reconocida sobre todo por su poesía social, muy influenciada por la tradición oral afroamericana.



Maya Angelou. ASTEROIDE

Activista y luchadora por los derechos civiles, colaboró con Malcolm X y Martin Luther King. El asesinato de este último coincidió con su cuarenta cumpleaños. Nunca más lo celebró.

Angelou escribía tumbada en la cama de habitaciones de hotel que alquilaba en la misma ciudad donde vivía. Pedía que quitaran cuadros y adornos. Cada día, llegaba a las 6.30 de la mañana y escribía hasta el mediodía en libretas rayadas amarillas, siempre con un diccionario, una Biblia («el lenguaje de la Biblia es musical y maravilloso, lleno de ritmo»), un cenicero y una botella de coñac. Por la noche, corregía lo escrito («con suerte, si había escrito nueve páginas las dejaba en dos»).

‘Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado’ (Libros del Asteroide, traducción de Carlos Manzano) es la primera parte de su autobiografía y es una delicia. A pesar de la dureza de algunos hechos, el lector avanza por la vida de esta mujer como si estuviera leyendo un libro de aventuras. Es un libro luminoso que reivindica la igualdad y la justicia. «Estar con Maya Angelou en una habitación es como estar con la Mona Lisa. Todos las miradas están sobre ella.» Las palabras de Hillary Clinton muestran cómo era su presencia: poderosa, magnética, tan rotunda como su vida.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO PANAMÁ

Prince, anochecer púrpura

Prince ha muerto. Salvo que uno pertenecía a otro planeta ha podido ver estos días panegíricos, loas, recordatorios y alguna ironía desafortunada sobre el óbito. Aunque casi hubiera desaparecido del mundanal ruido los últimos años su exuberancia creativa continuaba bien que en privado o en contadísimas actuaciones que los afortunados asistentes seguían elogiando. Era (muy) bajito,



Prince. WARNER

tenía una imagen ambigua, un bigote zorruno y ocultaba una tímida enfermedad con una antipatía contra la prensa que no disimulaba; son contadas, si hay alguna, sus entrevistas «en profundidad». Pero lo que nadie le niega a la fiera de Minneapolis es una capacidad creativa, un sentido de la innovación, un poderío sobre las tablas que estaba a años luz de la media. Dueño de actuaciones espectaculares, se rodeó de bellas mujeres («Las verás como mujeres hermosas hasta que empiece el concierto. A los dos minutos no podrás apartar los ojos de sus instrumentos», amenazaba chulesco. Y amenazaba con razón). Autor de discos y canciones que permanecen por derecho en la memoria colectiva como ‘Purple rain’, ‘Sign of the times’, ‘Kiss’, ‘Parade’ y un largo etcétera que puede rellenar el lector a su sabor, luchó contra las compa-

ñías discográficas hasta el extremo de grabarse «slave» (esclavo) en su rostro y poseía una peculiar habilidad poética que sus deslumbrantes espectáculos y algunos tacos espanta-pusilánimes ocultaban a veces.

Da igual si la muerte la ha producido una gripe mal curada o una sobredosis de tranquilizantes; incluso la teoría del suicidio pulula por los mentideros. Deja una obra de tamaño oceánico

y un libro que algunos dicen que ya había terminado y otros que estaba a punto de terminar y que no se editará (¿Que no? Apuesten por ello) titulado ‘The beautiful ones’. La gente guapa. Los elegidos. Como él. Será el momento de comprobar cómo el chico-maravilla no solo era un músico, también sabía escribir como ya dejaba ver en sus letras, menos «tontorronas» de lo que a veces podían parecer (‘Alphabet street’). Teclas más autorizadas seguirán glosando a Prince mercedemente. Uno solo querría recordarle agradecido por tantos buenos momentos y conciertos y poner en el equipo musical alguna de sus arrebatadoras melodías (‘I could never take the place of your man’, por ejemplo) para celebrar que este pequeñín era champán puro en tiempos de alcohol de garrafa. Tenía 57 años.